

¿Un mal necesario? La violencia política en el universo simbólico de los comunistas ortodoxos*

A necessary evil? Political violence in the symbolic universe of orthodox communists

Eduardo ABAD GARCÍA
Universidad de Oviedo

RESUMEN

El progresivo cambio de rumbo acontecido en el PCE/PSUC desde finales de los años 1960 acabaría provocando una notable crisis identitaria de la que saldría una nueva tendencia política: los comunistas ortodoxos, una corriente que se construyó a lo largo de tres oleadas de disidencia durante los años 70 y 80. Estos comunistas formaron sus propios partidos con una estética aparentemente más radicalizada que la del comunismo oficial. Sin embargo, estas organizaciones mantuvieron una relación ambivalente con la cuestión de la acción armada. Este artículo se propone realizar un repaso a la evolución de las narrativas existentes en esta corriente sobre la acción revolucionaria y el papel de la violencia dentro de su imaginario colectivo. Para lograr este objetivo se parte de los principios metodológicos de la historia social y cultural que, gracias a la inestimable aportación de diversas fuentes, permiten reconstruir las contradictorias relaciones de estos militantes con esta cuestión.

PALABRAS CLAVE

Comunismo; disidencia ortodoxa; PCE; PSUC; violencia política.

ABSTRACT

The progressive change in direction that took place in the PCE/PSUC from the late 1960s onwards would eventually provoke a significant identity crisis, from which a new political tendency would emerge: the orthodox communists, a current that built up over three waves of dissidence during the 1970s and 1980s. These communists formed their own parties with a seemingly more radicalised aesthetic than that of official communism. However, these organisations maintained an ambivalent relationship with the issue of armed action. The aim of this article is to review the evolution of the existing narratives with respect to this approach to revolutionary action and the role of violence within the collective imaginary of the organisations involved. To achieve this goal, we start from the methodological principles of social and cultural history, which, thanks to the invaluable contribution of various sources, allow us to reconstruct the contradictory relations these militants had with this issue.

KEYWORDS

Communism; orthodox dissidence; PCE; PSUC; political violence.



*. Actividad financiada mediante los fondos *Next Generation -EU*, gracias al contrato posdoctoral *Margarita Salas* (MU-21-UP2021-03053648001) de la Universidad de Oviedo.



El 21 de agosto de 1968 las tropas militares del Pacto de Varsovia entraban sin previo aviso en Checoslovaquia. El objetivo de dicha invasión era reconducir por la fuerza el nuevo rumbo que el partido comunista de dicho país venía realizando desde el mes de enero¹. Poco después –en un gesto sin precedentes en la historia del comunismo español– la dirección del Partido Comunista de España (PCE) condenaba públicamente dicha intervención militar². Sin embargo, esta rápida y enérgica respuesta tendría un coste para la organización comunista y daría lugar a una importante crisis interna. Los informes recibidos en el Comité Central del partido mostraban que la postura de la dirección no era compartida totalmente por la mayoría de sus militantes. A falta de una información clara sobre qué estaba pasando realmente, su militancia veía en esta acción armada un paso necesario para asegurar el futuro del socialismo en el país centroeuropeo³. Hasta esa fecha, la idea de que el Ejército Rojo constituía una *fuerza liberadora* formaba parte del imaginario colectivo de los comunistas españoles de forma indiscutible. Los orígenes de esta cosmovisión habría que buscarlos en el *mito soviético*, donde la violencia –entendida como una herramienta revolucionaria– tenía un considerable papel que habría ido adquiriendo a lo largo de los principales hitos de su historia (*Gran Revolución Socialista de Octubre, Intervención militar extranjera y guerra civil, Gran Guerra Patria, etc.*)⁴.

La emergente contradicción entre la táctica política que impulsaba la dirección y la cultura militante conllevaría a la larga importantes consecuencias para el futuro de la organización. El cambio de rumbo acontecido en el PCE desde finales de los años 1960 acabaría provocando una notable crisis identitaria, que tendría su apogeo durante los años finales de la Transición. Fruto de este fenómeno político, se construyó una nueva disidencia interna, la de los comunistas ortodoxos, quienes trataban de reimplantar aquello que consideraban la identidad clásica del comunismo español. Paradójicamente, sería la defensa de la ortodoxia la que impulsaría la constitución varias olas disidentes durante los años 70 y 80⁵. Liderados por destacados dirigentes con una gran conexión con la memoria colectiva del PCE (como Enrique Líster, Ignacio Gallego o Pere Ardiaca), estos comunistas construyeron poco a poco sus propias organizaciones. Su imaginario colectivo se encontraba en un punto intermedio entre la innovación rupturista de la izquierda radical y la tradición clásica del PCE. Se trataba de una corriente con claros tintes legitimistas, pero que al contrario que muchos otros sectores de la izquierda revolucionaria, contaba con más factores (materiales y culturales) que les vinculaban directamente con la cultura política del partido⁶. La mayoría de estas organizaciones trataron de diferenciarse del PCE de Carrillo adquiriendo una estética

200

1. Luis ZARAGOZA, *Las flores y los tanques. Un regreso a la Primavera de Praga*, Madrid, Cátedra, 2018.

2. ARCHIVO HISTÓRICO DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA (en adelante AHPCE), Fondo Radio España Independiente “Comunicado de la dirección del PCE”, 23 de agosto de 1968.

3. AHPCE, Fondo Documentos PCE, carp. 49, “Apuntes tomados en ocasión de una reunión del Comité Central del 18 septiembre 1968”.

4. Eduardo ABAD GARCÍA, “Viento del este. La URSS en la cultura militante de los comunistas españoles (1917-1968)”, *Hispania Nova*, 19 (2021), pp. 196-228, <https://doi.org/10.20318/hn.2021.5880>.

5. Una visión monográfica de este fenómeno puede leerse en Eduardo ABAD GARCÍA, *A contracorriente. Las disidencias ortodoxas en el comunismo español (1968-1989)*, Valencia, PUV, 2022.

6. Eduardo ABAD GARCÍA, “Guardianes de los principios. Breve historia de la disidencia ortodoxa en el comunismo español (1968-1989)”, en David GINARD (ed.), *Un siglo de Comunismo en España II. Presencia social y experiencias militantes*, Madrid, Akal, 2023, p. 765.

más radicalizada y combativa. Sin embargo, estos sectores mantuvieron una relación ambivalente con la cuestión de la acción armada, pues si bien no renunciaron oficialmente a ninguna forma de lucha, al final mantuvieron siempre una postura prudente y comedida. Este texto se propone analizar cuáles fueron los orígenes de dicha actitud, así como realizar un repaso sobre los principales factores que caracterizaron su visión sobre la violencia revolucionaria. De esta manera, se podrán categorizar las formas de violencia en dos tipos básicos: aquellas en las que fue considerada como algo positivo, ya que contribuía al éxito de la lucha de clases y aquellas en las que fue rechazada por su carácter desestabilizador o contrarrevolucionario. Para lograr este objetivo se parte de los principios metodológicos de la historia social y cultural, poniendo especial hincapié en elementos como su identidad, memoria e imaginario colectivo. En cuanto al uso de fuentes, se ha optado por un enfoque plural, donde se integran recursos de origen variado que abarcan desde la prensa militante a los archivos personales. Gracias a este enfoque poliédrico se ha logrado reconstruir sus contradictorias relaciones con el fenómeno de la violencia a través de un análisis diacrónico de la evolución de sus narrativas e imaginarios al respecto.

Antecedentes

Desde los orígenes del movimiento comunista, ya durante el s. XIX, la cuestión de la violencia estuvo destinada a convertirse en el centro de importantes teorizaciones y debates. Su papel se consideraba fundamental para explicar el origen de los mecanismos de control social, y no solo eso, también resultaba determinante para poder asegurar su futura transformación revolucionaria. Su idiosincrasia se puede sintetizar en una frase clásica de *El Capital* que señalaba que la violencia era “la comadrona de toda vieja sociedad, preñada de una nueva”⁷. A pesar de que Marx y Engels no teorizaron demasiado sobre aspectos concretos de cómo debía llevarse a cabo la insurrección, sí lo hicieron sobre otras cuestiones relacionadas como, por ejemplo, la propia valoración teórica de la revolución o de la violencia en sí misma. El propio Engels llegó a afirmar que “la violencia desempeña también otro papel en la historia, un papel revolucionario [...] es el instrumento con el cual el movimiento social se impone y rompe formas políticas enrigidecidas y muertas”⁸.

Para el historiador González Calleja, lo fundamental de estos dos autores es que sentaron las bases de la cosmovisión marxista sobre la violencia. Esta perspectiva de análisis sociopolítico se fundamentaba principalmente en dos pilares. El primero era que la rebelión no debía iniciarse hasta estar perfectamente organizada y preparada; el segundo, que una vez iniciada, la ofensiva debía de ser total hasta obtener la victoria⁹. Sin embargo, si hubo un autor que tuvo un impacto crucial para el análisis comunista del fenómeno de la violencia, fue Vladimir Ilich Uliánov, *Lenin*. Partiendo de los postulados que ya se han presentado, el revolucionario y teórico ruso consideraba válidas todas las formas de lucha, incluida la toma violenta del poder. Por lo tanto, la

7. Karl MARX, *El capital*, ed. de Moscú, Progreso, 1990, p. 6.

8. Friedrich ENGELS, *Anti-Dühring: la subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring*, Barcelona, Crítica, 1977, p. 18.

9. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, *Asalto al Poder. La violencia organizada y las ciencias sociales*, Madrid, S. XXI, 2017, p. 239.



tarea de la “vanguardia del proletariado” debía de ser la de adecuar la táctica a las condiciones materiales existentes¹⁰.

La experiencia soviética ofrece otro escenario que tener en cuenta. Las políticas estalinistas desarrolladas entre los años 1930 y 1950 no podrían comprenderse sin el papel otorgado a la violencia política en el imaginario oficial soviético. Como bien señala David Priestland, las campañas de “Stalin y sus aliados justificaron la violencia en crudos términos clasistas”. Precisamente por eso, las habrían presentado como “una forma de proteger los intereses de los trabajadores [...] como una campaña contra los que [...] saboteaban el poder soviético”¹¹. El bolchevismo de la Internacional Comunista proyectó la formación una nueva cultura política transnacional. En los últimos años, la historiografía ha profundizado especialmente en los cruces, las transferencias y las redes existentes entre Moscú y en resto del mundo¹². Además, el bolchevismo también aportó importantes novedades en este aspecto, entre las que se encontraba el desarrollo de un trabajo “antimilitarista” y la formación de milicias obreras como germen de un futuro ejército revolucionario¹³. Este influjo soviético se dejó sentir en el imaginario colectivo de esta nueva cultura política a nivel transfronterizo. Buena muestra de ello fueron las campañas anti-trotskistas de los años 1930, las cuales acabarían por rebasar todas las fronteras existentes hasta alcanzar una dimensión global¹⁴.

Pese a las múltiples peculiaridades y conflictos que sucedieron en el seno del movimiento comunista, en términos generales, el marxismo-leninismo continuó defendiendo teóricamente estos planteamientos durante buena parte de la segunda mitad del s. XX. Este pensamiento político conceptualizaba la existencia de una “guerra justa como la liberación de los oprimidos, cuya justificación residiría en eliminar a los explotadores, y obligar a los Estados a abandonar esas prácticas”¹⁵. La idea de la revolución –imitando de alguna manera la mitificada toma del Palacio de Invierno– continuaba viva en el imaginario colectivo del comunismo mundial y, por supuesto, también en España¹⁶. Sin embargo, muchos de los elementos de esta idealizada visión quedaron en un segundo plano con el paso de los años. Esto fue así al menos para el caso de Europa Occidental, donde encajaban con dificultad en un contexto cada vez más enmarañado y polarizado por la Guerra Fría. Resulta indispensable señalar un factor clave para alcanzar una comprensión global del fenómeno: la irrupción del pacifismo como elemento central de la cosmovisión comunista. Este elemento se introduciría

10. LENIN, *Obras Completas*, ed. de Moscú, Progreso, 1982, vol. 11, p. 130.

11. David PRIESTLAND, *Stalinism and the politics of mobilization. Ideas, Power and Terror in Inter-war Russia*, Oxford, Oxford University Press, 2007, p. 274.

12. Oleksa DRACHEWYCH, “The communist transnational? Transnational studies and the history of Comintern”, *History Compass*, 17 (2019), pp. 1-12, <https://doi.org/10.1111/hic3.12521>.

13. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*, Madrid, CSIC, 1999, p. 643.

14. José Carlos RUEDA LAFFOND, “Gigantes. Biografía heroica y cultura transnacional comunista en los años treinta”, *Revista de Estudios Políticos*, 195 (2022), p. 194, <https://doi.org/10.18042/cepc/rep.195.07>.

15. Borja GARCÍA VÁZQUEZ, “El concepto de guerra justa. Especial atención a su doctrina en la China contemporánea”, *Eunomía. Revista en Cultura de la Legalidad*, 18 (2020), p. 72.

16. Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN, “La dictadura del proletariado en la Transición. ¿En el corazón de la izquierda?”, en Rafael QUIROSA-CHEYROUZE MUÑOZ y Mónica FERNÁNDEZ AMADOR (coords.), *Poder y Transición en España. Las instituciones políticas en el proceso democratizador*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017, pp. 44-48.

mediante la construcción del mito de la *paz*, asumido en el imaginario y el léxico comunista internacional desde el verano/otoño de 1947. Poco después, este factor se reconvirtió, en parte, en el concepto de “coexistencia pacífica”¹⁷. En este sentido, resulta interesante recalcar la trascendencia del concepto de *Pax sovietica* que ha propuesto Diego Ruiz. Según este autor, esta noción haría referencia a la idea que situaba al “socialismo realmente existente como el garante de la paz universal frente al imperialismo capitalista”¹⁸. Como se ha señalado, fue en este nuevo contexto donde se construyó y proyectó la idea de la URSS como un baluarte de la paz¹⁹. Esta alegoría era presentada como la única alternativa ante la agresividad del imperialismo que pretendía subyugar a los pueblos e, incluso, la total aniquilación de la Humanidad mediante la bomba atómica. Una vez más, este planteamiento ayudó a cohesionar a la militancia comunista en torno a la política exterior de la Unión Soviética²⁰. Sin embargo, la nueva política de *coexistencia pacífica* también situaría a los comunistas occidentales ante un escenario más proclive al desarrollo de distintas “vías nacionales al socialismo”²¹. En el contexto de estas nuevas contradicciones sería donde se forjaría la compleja y poliédrica visión de los comunistas ortodoxos sobre la violencia.

El caso concreto del comunismo español muestra, más allá de las dinámicas generales de todo el movimiento comunista de la época, algunas peculiaridades propias que es necesario resaltar. La historia del PCE está jalonada de varios episodios donde la violencia alcanzó un rango crucial para la conformación de su identidad colectiva. Estos hitos se convertirían en importantes *lugares de memoria* para el conjunto de su militancia²². Acontecimientos como la Revolución de 1934, la denominada *Guerra Nacional-Revolucionaria contra el fascismo* o la resistencia guerrillera llevada a cabo hasta principios de los años 50 se convertirían en un capital simbólico reproducido a lo largo de las narrativas oficiales del pasado del PCE²³.

De entre todos estos episodios de su memoria, cabe destacar especialmente dos por su fuerte simbolismo y carácter transnacional. En primer lugar, como no podía ser de otra manera, está la omnipresente Guerra Civil, un auténtico “acontecimiento

17. Vladimir DOBRENKO, “Conspiracy of Peace: The Cold War, the International Peace Movement, and the Soviet Peace Campaign, 1946-1956”, tesis doctoral, London School of Economics and Political Science, 2011, p. 38.

18. Diego RUIZ PANADERO, “Los usos políticos de la paz durante la Guerra Fría: Enrique Lister, la “Pax Soviética” y el Consejo Mundial de la Paz”, *Brocar: Cuadernos de investigación histórica*, 46 (2022), pp. 140-141, <https://doi.org/10.18172/brocar.5281>.

19. Aunque esta visión es la antítesis de cómo se ha explicado la política soviética en Occidente, esto no ha sido así en el Europa Oriental. Por ejemplo, ver VVAA, *Historia de la Política exterior de la URSS, 1945-1970*, Moscú, Progreso, 1974.

20. Aunque su influencia en el caso español no ha sido aún estudiada, a mi juicio pueden verse algunas analogías con el caso mexicano estudiado en Jorge Octavio FERNÁNDEZ MONTES, “Voces y llamamientos de la cultura por la paz. Génesis del pacifismo prosoviético de México en los albores de la Guerra Fría”, *Política y cultura*, 41 (2014), pp. 7-29.

21. Silvio PONS, *The Global Revolution. A History of International Communism 1917–1991*, Oxford, Oxford University Press, 2012, p. 210.

22. Para un acercamiento al concepto de lugar de memoria ver Pierre NORA (ed.), *Les Lieux de Mémoire*, París, Gallimard, 1997 (3ª), e ídem, “La aventura de *Les lieux de mémoire*”, *Ayer*, 32 (1998), pp 17-34, esp. p. 32.

23. Para una definición del concepto de “Capital simbólico”, ver Pierre BORDIEU, *Raisons pratiques: Sur la théorie de l’action*, París, Seuil, 1994, p. 116.



monstruo”²⁴ en la historia del PCE y en el comunismo global. Este episodio se transformaría en un firme anclaje de la identidad del partido. Su trascendencia iría más allá de los años inmediatos y construiría una matriz que iba a permitir durante las décadas siguientes la comprensión de numerosas claves que se articularían mediante la construcción de un metarrelato²⁵. En este sentido, no se puede olvidar la importancia del antifascismo como eje vertebrador de la memoria del partido, especialmente, en cuanto a la construcción de narrativas sobre la esencia de la guerra. A modo de síntesis, se puede afirmar que se construyeron tres pilares discursivos para caracterizar este episodio bélico. El primero fue el de la superioridad moral del bando republicano frente a los sublevados, a modo de *guerra justa*. En segundo lugar, nos encontramos con el fuerte papel del patriotismo en lo que fue conceptualizado como una *guerra de independencia frente al invasor*. Por último, estaría el plano social, dentro de una guerra que defendiendo el concepto de *República de Nuevo Tipo* podía ser susceptible de alterar el orden socioeconómico de España²⁶.

La II Guerra Mundial se convertiría en otro gran *lugar de memoria* del comunismo global y, por supuesto, también del español. En el caso que nos ocupa, no se trata sólo de uno de los grandes acontecimientos de la memoria cosmopolita comunista²⁷. La Unión Soviética, además, se había convertido en un importante centro del exilio español, lo que provocó que este acontecimiento afectase directamente a las vidas de miles de refugiados comunistas. Resulta bastante frecuente encontrar un lugar destacado para este acontecimiento en los textos autobiográficos de muchos militantes del PCE. El nexo común de estos relatos reside en la interconexión entre su memoria personal y la memoria global del comunismo. Por ejemplo, su participación en el Ejército Rojo dentro de lo que se conoció en la jerga comunista como la *Gran Guerra Patria* les devolvía el protagonismo en el contexto de una densa red transnacional mediante la cual se articulaba su identidad comunista²⁸. Esto se trasladaba en un sentimiento de orgullo y superioridad moral debido a su aportación a la resistencia y la victoria en la guerra. Según esta narrativa, sus protagonistas se veían a sí mismos insertos en una de las grandes hazañas de la clase obrera, la del combate contra el nazi-fascismo, cuyo primer episodio habría sucedido durante la guerra de España²⁹.

Sin embargo, todo esto cambiaría con la adopción de la Política de Reconciliación Nacional (PRN) en 1956. En junio de ese año se publicaba una declaración que llevaba por título: “Por la Reconciliación Nacional. Por una solución democrática y pacífica del problema español”³⁰. La propuesta aprobada sintetizaba los pilares de un nuevo rumbo que marcaría durante décadas los conflictos existentes en la

24. Sobre el concepto de “acontecimiento monstruo” ver Pierre NORA, “L’événement monster”, *Communications*, 18 (1972), pp. 162-172, <https://doi.org/10.3406/comm.1972.1272>.

25. José Carlos RUEDA LAFFOND, *Memoria Roja: Una historia cultural de la memoria comunista en España, 1936-1977*, Valencia, Universitat de València, 2018, pp. 19-20.

26. Gilles VERGNOM, “¿Historizar el antifascismo? Retorno sobre una cuestión”, en Aurora BOSCH e Ismael SAZ (eds.), *Izquierdas y derechas ante el espejo. Culturas políticas en conflicto*, Valencia, Tirant Humanidades, 2016, pp. 349-350.

27. RUEDA, *Memoria Roja...*, p. 96.

28. ABAD “Viento del este...” p. 211.

29. Enrique Lister (1907-1982) *75 años- Una Historia, una lucha*, Madrid, FJCE, 1982, pp. 34-37.

30. COMITÉ CENTRAL DEL PCE, “Por la Reconciliación Nacional. Por una solución democrática y pacífica del problema español”, junio de 1956.

cultura política del partido. Los principales factores de esta novedosa línea táctica se pueden agrupar en tres ideas. En primer lugar, se apelaba a la necesidad de superar los traumas de la Guerra Civil y la dialéctica vencedores-vencidos. En segundo lugar, se renegaba de la lucha armada y el *mito de la revolución*, y se apostaba por la vía pacífica como única forma legítima de lucha para el contexto español. En tercer y último lugar, se planteaba una alianza plural de partidos para conquistar la democracia en España basada en un programa mínimo de reformas. Probablemente, la ruptura más importante fue la relacionada con la lucha armada, aunque este punto estuvo lleno de contradicciones. Como se verá más adelante, no es del todo adecuado establecer una correlación plena entre la PRN y la existencia de una táctica específicamente pacífica. En todo caso, el posicionamiento de la dirección del PCE al respecto de este importante pilar de su identidad sufrió un importante viraje en lo relativo a su memoria. Para Rueda Laffond, el principal factor sacrificado con la PRN no fue exactamente la memoria de la Guerra Civil, sino la de lucha guerrillera. Este elemento habría sido progresivamente neutralizado de la memoria orgánica del partido en los años cincuenta hasta desaparecer por completo en las décadas posteriores³¹.

Un cambio de estas dimensiones, obviamente, encontró algunas resistencias que es necesario tener en cuenta. No obstante, y dado que no es el objetivo de este artículo, nos centraremos sólo en la influencia que este factor pudo tener para la posterior cosmovisión de los comunistas ortodoxos. Por ejemplo, es necesario resaltar el papel *crítico* que llegaría a desempeñar la figura de Enrique Lister³². Sus divergencias frente a la PRN se pueden agrupar en torno a dos factores. El primero fue la valoración de la Guerra Civil. Lister, cuya identidad estaba muy ligada a su papel como general republicano, no veía con buenos ojos el nuevo lenguaje utilizado por el PCE para referirse a un episodio que hasta ese momento había sido considerado como un lugar de memoria de primer orden en la historia del partido³³. Su otra preocupación estaba directamente relacionada con la táctica pacífica del partido y las falsas ilusiones que una explicación deficiente podría causar entre la militancia. Es necesario tener en cuenta que este dirigente se había especializado en el trabajo *antimilitarista* desde mediados de los años 1930, lo cual le hacía el mayor experto de la cúpula del PCE en cuestiones relacionadas con la lucha armada³⁴. Sin embargo, durante esta etapa Lister no se manifestaba contrario a la PRN, la cual defendía como acertada, sino que juzgaba la forma en que se estaba presentando al público. Lo que criticaba era que no se estuviese tomando ninguna medida por si la opción pacífica llegase a fallar. Por eso, el general defendía la necesidad de llevar a cabo, de forma paralela, acciones para asegurar que el PCE estaría en condiciones de llevar a cabo la vía armada si la situación así lo requiriese:

debemos explicar con toda energía que la forma violenta de terminar con el franquismo entra dentro de lo posible y que en un determinado momento puede ser la única viable,

31. RUEDA, *Memoria Roja...*, pp. 83-84.

32. AHPCE, Reuniones del Comité Central. 5 vols. I tomo 7, “Intervención de Enrique Lister en la Reunión del Buró Político”, 5-4-1956.

33. Reproducción de un documento sobre la intervención de Lister ante el CC fechado en Praga en marzo-abril de 1964 en Enrique LISTER FORJÁN, *Así destruyó Carrillo el PCE*, Barcelona, Planeta, 1983, p. 169.

34. Víctor Manuel SANTIDRIÁN, “Enrique Lister: el antimilitarista que llegó a general”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, 13 (2018), pp. 423-439.



y debemos hablar de ello y explicar en qué condiciones y por qué causas puede producirse³⁵.

En este sentido, se hace necesario ser conscientes del grado de flexibilidad que la adopción de la vía pacífica encarnaba para el PCE. Por ejemplo, pese a la adopción de una táctica aparentemente pacifista, los dirigentes del partido no escatimaban en declaraciones internas donde dejaban entrever que la aparición de algún grado de violencia durante la lucha antifranquista era, al fin y al cabo, algo inevitable. Incluso el propio Carrillo aclaraba a principios de los años 1960 que, aunque su postura era la de la vía pacífica, la revolución social exigía una serie de esfuerzos y un espíritu combativo, por lo que la utilización de alguna violencia podría ser necesaria³⁶. Esta postura ambigua ha sido bien estudiada por Fernando Hernández, quien resalta que, pese a los continuos faroles de Carrillo, en realidad las conexiones del PCE con la insurgencia se limitarían al asesoramiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias Cubanas y, como mucho, a los cursos de formación en autodefensa realizados en Rumanía³⁷. Con todo, no se puede negar que la lucha armada se convertiría en un importante factor de controversia dentro del comunismo español para las futuras décadas. La PRN chocaba con la memoria y la identidad de muchos militantes que continuaban teniendo interiorizado que el Franquismo caería fruto de una revolución encabezada por la *vanguardia del proletariado*.

La primera ola

206

El nacimiento de la primera ola disidente de carácter ortodoxo dentro del comunismo español tuvo lugar en 1968 tras la crisis de Checoslovaquia. Este nuevo fenómeno trajo consigo, entre otros muchos aspectos, la construcción de contrarrelatos sobre la historia del partido. En septiembre de 1970 salía publicada una edición del *Mundo Obrero* cuya cabecera aparecía en color rojo³⁸, rasgo distintivo de la portada hasta la década de los años 1950³⁹. Este periódico se convertiría en el portavoz del PCE (VIII Congreso), un partido liderado por Enrique Lister y Eduardo García. Para esta nueva organización, obsesionada con la denuncia del *carrillismo*, la cuestión de la violencia se convertiría en un importante campo para la crítica: por ejemplo, respecto a la pérdida de la Guerra Civil y la responsabilidad del PCE. Sobre este particular, opinaban que hubiera sido necesario un debate en profundidad sobre las consecuencias de la derrota, que no habría sido realizado “por la responsabilidad que hubiera podido recaer sobre algunos miembros del Buró Político”. Esto habría provocado la aparición de un gran “espontaneísmo” en la dirección que se manifestaba en la negativa a

35. LÍSTER, *Así destruyó...*, pp. 169-170.

36. Algunos ejemplos de este punto de vista se pueden encontrar en “El cuarenta aniversario de la fundación del Partido Comunista de España. Resolución del Comité Ejecutivo”, *Nuestra Bandera*, 21 (abril de 1960), pp. 75-80; Santiago CARRILLO, “Sobre la conferencia de los partidos comunistas y obreros”, *Nuestra Bandera*, 29 (enero de 1961), pp. 14-29.

37. Fernando HERNÁNDEZ, *El torbellino rojo: Auge y caída del Partido Comunista de España*, Barcelona, Pasado & Presente, 2022, p. 217.

38. “‘MUNDO OBRERO’ al servicio de la clase obrera y del pueblo español, luchador de la causa de la democracia y el socialismo”, *Mundo Obrero (cabecera roja)*, 1 (septiembre 1970), p. 1.

39. A partir de 1951, el color rojo desapareció de la cabecera por cuestiones logísticas. En el imaginario colectivo de muchos comunistas de los años 1970 aún se asociaba este color a un periodo de la historia del partido caracterizado por el *heroísmo y grandeza*.

reconocer los verdaderos resultados de la pérdida de la guerra. De esta manera, en vez de consolidar las bases de apoyo del partido para una larga lucha donde cabían todas las tácticas –incluida la violenta– se habría forzado impacientemente a muchas inestables células en busca de “balances triunfalistas de acciones de ‘resultados’ prácticos” que constantemente eran reprimidos. Todas estas críticas a la dirección constituyeron una especie de contra-memoria del comunismo en España, donde pervivieron muchos elementos clásicos de la memoria histórica del PCE junto a ácidas valoraciones que impugnaban elementos como el del pacifismo oficial de la PRN⁴⁰.

Esta visión no sólo tenía consecuencias en el plano teórico. En lo concerniente a su militancia, la violencia pareció representar un papel mayor de lo que se podría considerar en un principio. Un ejemplo lo encontramos en el caso del dirigente obrero asturiano Pedro Sanjurjo, alias *Pieycha*. Este joven militante del PCE y CCOO tendría su primero encontronazo grave con la dirección de su organización en 1970, con motivo del triple asesinato de tres trabajadores en el contexto de la huelga granadina de la construcción⁴¹. Como líder sindical, contradujo las orientaciones de su partido y organizó varios comandos que atacaron con cócteles molotov diversos edificios del régimen. A su salida de la cárcel, fue expulsado del PCE y pasó a convertirse en el principal dirigente del PCE (VIII Congreso) asturiano⁴². Durante su etapa como líder ortodoxo siempre destacó como un “militante de combate”, como le gustaba definirse⁴³. Obsesionado por la clandestinidad en la que vivía y sintiéndose perseguido por la Brigada Político-Social y la ultraderecha, siempre acudía a las acciones armadas. Esta característica ocasionaría que en la madrugada de la víspera del primero de mayo de 1976 en Gijón tuviera lugar un intenso tiroteo con miembros de la Guardia de Franco. Afortunadamente, el incidente se saldó sin heridos y la causa se sobreesió tras la disolución del TOP⁴⁴.

Tal y como ha explicado el historiador Víctor Aparicio, la PRN (y más tarde el eurocomunismo) se traduciría en la voluntad del PCE por asentar su imagen moderada y responsable como aval de su carácter democrático. En consecuencia, el partido trataría de mantenerse lo más distante posible con respecto a otros grupos antifranquistas que sí practicaban la resistencia armada. No obstante, en términos generales, la solidaridad se impuso por encima de críticas concretas y, en todo caso, siempre se resaltaba el papel represor del régimen franquista como desencadenante de muchas de esas violencias⁴⁵. De esta manera, el PCE podía tener una visión de rechazo a la lucha armada y, a la vez, solidarizarse con *Euskadi Ta Askatasuna* (ETA) por el proceso de Burgos o con los miembros del Frente Revolucionario Antifascista y Patriota (FRAP) tras los

40. “Trayectoria histórica del Partido Comunista de España”, *Nuestra Bandera (cabecera roja)*, 1 (enero de 1971), pp. 31-39.

41. Antonio SEGOVIA GANIVET, “Albañiles contra la Dictadura: el triple crimen de la Huelga de 1970 en Granada”, *El Independiente de Granada*, 21-7-2021 <https://www.elindependientedegranada.es/ciudadania/albaniles-dictadura-triple-crimen-huelga-1970-granada>, (consulta: 15-2-2023).

42. Pedro SANJURJO, *Memorias de Pedro Sanjurjo García “Pieycha”*. De la lucha antifranquista al arte, Gijón, FAMYR, 2015, pp. 76-79.

43. Testimonio de Pedro Sanjurjo, Gijón, 15 de mayo de 2015.

44. SANJURJO, *Memorias de Pedro Sanjurjo*, pp. 91-94.

45. Víctor APARICIO, “La izquierda y la violencia política en la Transición española. Discursos y prácticas (1975-1982)”, tesis doctoral, Universidad del País Vasco, 2021, pp. 402-403.



fusilamientos del 11 de septiembre de 1975. Esta cuestión, aparentemente contradictoria, en realidad nunca condicionó la opinión pública del PCE ante las acciones violentas del Grupos Revolucionarios Primero de Octubre (GRAPO), ETA o el FRAP, la cual siempre fue de máximo rechazo. Esta valoración negativa de los atentados de estas organizaciones armadas se acrecentaría durante la Transición aludiendo a la potencialidad desestabilizadora sobre proceso democratizador que tales acciones podían acarrear⁴⁶. Tal cuestión era compartida también por algunas de las fuerzas de la izquierda revolucionaria, e incluso hubo quienes, como los maoístas, llegaban a insinuar que detrás de estos atentados se encontraba el Gobierno soviético y el KGB⁴⁷.

La necesidad de diferenciarse de las formas adoptadas por el PCE –con una estética más *revolucionaria* y *combativa*– llevaría a estos comunistas a acercarse a otras fuerzas situadas a la izquierda del PCE⁴⁸. Precisamente, fue dentro de la izquierda revolucionaria donde los debates sobre la necesidad del uso de la violencia serían más apasionados⁴⁹. Un caso muy representativo de esta dinámica se puede apreciar en la actitud del Partido Comunista Obrero Español (PCOE) que lideraba Enrique Lister⁵⁰. En este proceso tendría especial peso la cuestión republicana y la memoria de la guerra. Además, existió un claro interés por manejar una información actualizada de las tácticas políticas de estos grupos. Esta inclinación venía motivada por la necesidad de tejer alianzas con el antifranquismo y, en menor medida, por mostrarse bien informados ante los partidos del socialismo real⁵¹. Gracias a los fondos del archivo Lister, sabemos que el PCOE asistió el 9 de septiembre de 1973 en calidad de observador a la reunión constitutiva del FRAP en Francia. Acudió a la misma el hijo de Lister, quien tras dar fe de la cordialidad mostrada añadía: “han hecho todo lo posible para impresionarme (cifras, siglas, etc.) con el claro objetivo de convencernos de que ingresemos en su frente [...] todo lo que hacían era para mostrarme su simpatía. Está claro que buscan el contacto con nosotros”⁵². Las relaciones del PCOE con el FRAP se dieron sobre todo en la emigración (Francia y Bélgica). Un ejemplo de ello fue el comunicado firmado por el PCOE y el FRAP en Lieja anunciando la creación de un comité conjunto⁵³. Esta dinámica de impulsar comités unitarios de índole antifascista y republicana se amplió a

46. “Conesa y GRAPO”, *Mundo Obrero*, 21-27 de febrero de 1977. “Camada negra”, *Mundo Obrero*, 20-7-1977.

47. APARICIO, *La izquierda y la violencia...*, pp. 470-471.

48. Sobre esta cuestión ver Eduardo ABAD GARCÍA, “Contra el aventurerismo de izquierda, contra la claudicación de derecha. Las relaciones de los comunistas ortodoxos con el resto de la Izquierda Revolucionaria en la Transición”, en *Las otras protagonistas de la Transición. Izquierda radical y movilizaciones sociales*, Madrid, Fundación Salvador Seguí, 2018, pp. 1.011-1.024.

49. Pau CASANELLAS, “‘Hasta el fin’. Cultura revolucionaria y práctica armada en la crisis del franquismo”, *Ayer*, 92 (2013), pp. 28-34.

50. En 1972 el PCE (VIII Congreso) entró en una crisis de la que saldrían dos partidos, el PCOE de Lister y el PCE (VIII-IX Congresos) de Eduardo García (ABAD, *A contracorriente*, pp. 112-113).

51. CENTRO DOCUMENTAL DE LA GAVILLA VERDE (CDGV), Fondo Enrique Lister, Sección PCOE, Comités regionales, provincial e internacionales, serie 03.02.08, Carta a la dirección del PCOE en la URSS, 6-8-1973,

52. *Ibidem*, carta a Luis y Rafael, 11 de septiembre de 1973,

53. “Ese es el camino”, *Mundo Obrero (cabecera roja)*, PCOE, 68 (septiembre de 1974).

otros lugares. Por ejemplo, a comienzos de 1975 se constituyó en París un autodenominado Comité Antifascista de Unión Popular⁵⁴.

Según ellos mismos explicaban en las páginas del periódico de sus juventudes, *Lucha Juvenil*, era necesario que los comunistas dejaran de considerar la cuestión de la violencia como un tema tabú y se abordara de forma clara y precisa. En este sentido, creían que era tremendamente necesario aclarar que elementos diferenciaban al “terrorismo” de la “lucha armada”, muy de actualidad en aquel contexto por las acciones de ETA:

Valoramos los atentados según el carácter de los mismos [...]. Los comunistas no estamos en contra de que se castigue a un verdugo que se dedica a torturar a los revolucionarios en los locales de la B.P.S. El castigar a esos verdugos es una necesidad profiláctica para hacerles comprender a los que aspiran a hacer carrera martirizando a nuestros hermanos de lucha, que donde las dan las toman... Pero estamos en contra del atentado y terrorismo individual como forma de lucha⁵⁵.

Las opiniones vertidas en este artículo no representan un caso aislado. Esa forma de hablar abiertamente de la lucha armada se podía apreciar con claridad en sus primeros documentos. En 1973 se aprobó el primer programa político del PCOE. En este texto de la organización se decía abogar por una revolución antimonopolista y popular como una corta etapa previa al socialismo. La herramienta utilizada por el pueblo para llevar a cabo esta revolución sería –al menos en la opinión del partido de Líster– la constitución de un autodenominado Frente Democrático y Revolucionario. Desde este supuesto, el papel del PCOE para lograr liderar esta lucha tendría que ser muy activo y, sobre todo, muy flexible en lo concerniente al uso de la violencia:

Las fuerzas revolucionarias tendrán que dominar toda la gama de formas de lucha, tanto pacífica como armada [...] la insurrección armada, la guerra civil, el movimiento guerrillero, la guerra contra las agresiones imperialistas, etc. El PCOE hará los máximos esfuerzos para que la caída de la dictadura franquista se produzca sin guerra civil; pero esta perspectiva no depende de él exclusivamente⁵⁶.

Otro elemento a tener en cuenta es el alcance transnacional del concepto de *Pax Sovietica* anteriormente mencionado. Su influencia fue muy grande durante todas las olas de la disidencia ortodoxa. En la primera, también tendría mucha importancia con respecto a su particular búsqueda de reconocimiento internacional. El propio Enrique Líster tendría un papel destacado en el Consejo Mundial de la Paz y el Consejo Español de la Paz hasta 1974. Ese año sería revocado gracias a la presión del PCE⁵⁷. Pese a las potenciales contradicciones que podía llegar a suponer para la militancia ortodoxa, ellos defendían esta postura –a veces radical, a veces moderada– como una visión realista y efectiva de la utilidad de la violencia para lograr sus objetivos.

Sin embargo, algunos de los acontecimientos más violentos sucedidos durante los primeros años 70 –como el golpe de Estado en Chile o el *Processo Revolucionario em Curso* (PREC) portugués– provocaron el recelo de estos comunistas hacia la idea de un socialismo construido gracias a las formas pacíficas de lucha. Un caso muy gráfico y

54. “Se constituye en París el Comité Antifascista Unitario”, *Mundo Obrero (cabecera roja)*, PCOE, 71 (enero de 1975).

55. “Sobre los atentados y el ‘terrorismo’”, *Lucha Juvenil*, 1 (febrero de 1973).

56. *Programa y estatutos del Partido Comunista Obrero Español*, PCOE, 1973, p.34.

57. El papel de Líster en el Consejo Mundial de la Paz de 1949 a 1974 se puede ver en RUIZ, “Los usos políticos...”, pp. 147-160 y LÍSTER, *Así destruyó...*, pp. 213-252.



relevante fue el del final de la *Revolución de los Claveles*. Para los sectores ortodoxos, el Partido Comunista Portugués era todo un referente, con lo que el proceso revolucionario fue seguido con mucho interés. El PREC era visto como un modelo de revolución válido para toda la Península Ibérica y formaba parte del imaginario colectivo de estos militantes⁵⁸. Una carta enviada por el veterano dirigente vasco Celestino Uriarte a Líster a principios de 1975 muestra lo que realmente pensaban en sus círculos más íntimos estos líderes con respecto a esta cuestión: “Tus temores en cuanto a lo de Álvaro [Cunhal] se han cumplido bien pronto, aun cuando esta vez han fallado en el intento. Eso no quiere decir que no lo repitan. Está clarísimo que eso de la vía pacífica es una quimera”⁵⁹. En otra carta dirigida por dos dirigentes del partido en Europa Oriental se criticaba duramente a Carrillo con motivo de sus múltiples declaraciones a la prensa y se deslizaban algunas conclusiones de peso: “la vía pacífica, lo que representa es desarmar la clase obrera, pues no se la prepara en el sentido ideológico para responder a la violencia de las clases dominantes”⁶⁰. El origen de este punto de vista no surgía de una cuestión coyuntural, ni de una perspectiva particular de unos militantes en concreto: su raíz se encontraba en los pilares del imaginario de este colectivo militante, una cosmovisión muy marcada por las experiencias brutalmente violentas de la historia reciente del país y del planeta (Guerra Civil, dictadura franquista, exilio, II Guerra Mundial, Guerra Fría, etc.).

Por otro lado, el día a día de estos comunistas ofrecía una faceta bien distinta, marcada por la presencia de los atentados terroristas. Por ejemplo, en 1979 el PCOE dedicaría bastantes esfuerzos a tratar de clarificar su visión de la lucha armada. En febrero, un artículo publicado en su órgano de expresión explicaba la visión leninista de este fenómeno, aparentemente contraria al “oportunismo” y el “aventurerismo”. Con respecto al primero, criticaba la denuncia que hacían los eurocomunistas del terrorismo como un factor desestabilizador de la democracia. Para ellos, la cuestión era justo la contraria: la labor de los comunistas no era precisamente generar estabilidad en cualquier régimen burgués sino derribarlo, hacer la revolución. Con respecto a los segundos –aquellos que consideraba influidos por el “radicalismo pequeñoburgués”– en un tono abiertamente paternalista eran calificados como “jóvenes inexpertos”. Aparentemente, estas personas –debido a su impaciencia y a su falta de confianza en las masas– cometían estas acciones que a la postre provocaban el desprestigio de lo que significaba ser marxista-leninista, y así servían objetivamente a la reacción. A modo de conclusión, nada mejor que una síntesis superadora de estas dos posturas: el PCOE no renegaba del uso de la violencia como los eurocomunistas, ni tampoco caería en el terrorismo izquierdista⁶¹. Con todo, en otras ocasiones el partido parecía mostrarse bastante crítico con el terrorismo, e incluso llegaba a utilizar argumentos similares a los usados por el PCE o su homólogo italiano. Un buen ejemplo lo encontramos en la reproducción de un texto de origen soviético donde se calificaba a las Brigadas Rojas de “hipócritas” que servían a la reacción y trataban de cubrir sus actos delictivos de “color

58. Eduardo ABAD GARCÍA, “Vecinos y camaradas. Portugal en el imaginario colectivo de los leninistas españoles”, *Ayer*, 125 (1) 2022, pp. 267–294, <https://doi.org/10.55509/ayer/125-2022-11>.

59. CDGV, Fondo Enrique Líster, Sección PCOE, Comités regionales, provincial e internacionales, serie 03.02.08, carta de Celestino Uriarte, 13-3-1975.

60. *Ibidem*, carta de Luis, Rafael y Celestino, 19 de marzo de 1975.

61. “Contra el terrorismo”, *Unidad y lucha*, 15 (febrero de 1979).

rojo”⁶². Sin embargo, esta cuestión no estuvo exenta de contradicciones. En junio de 1979 el partido publicaba un comunicado bajo el evocador título de “El poder es el culpable” y que venía a ser una buena síntesis de su posición con respecto a la violencia. En este texto se afirmaban cosas tales como que para acabar con el terrorismo antes había que “acabar con el paro” y “conceder el derecho de autodeterminación al pueblo vasco”⁶³.

Todas estas reflexiones y posiciones de principio se imbricaban con otros elementos de carácter memorialístico, dando lugar a una identidad de resistencia donde el peso del pasado era especialmente destacable. Por poner un caso, el ejercicio del liderazgo carismático por parte de Líster fue un factor que logró cohesionar a la militancia en el PCOE. Este elemento estaba muy presente en la identidad colectiva del partido, donde destacaba una omnipresencia de los elementos clásicos de la memoria comunista en torno a la Guerra Civil y la resistencia armada al franquismo⁶⁴. En este sentido, en la cosmovisión de la primera ola existían dos tipos enfrentados de violencia, una legítima y otra ilegítima: la primera estaría vinculada a la memoria heroica del PCE o la posible violencia defensiva en un futuro; la segunda sería la que llevaban a cabo los grupos *izquierdistas*, la cual tendría efectos contraproducentes y serviría objetivamente a la reacción.

La segunda ola

La incorporación de nuevas generaciones de militantes al PCE permitió que la llama de la disidencia ortodoxa no se apagase. Los problemas en torno a la celebración del VIII Congreso de 1972, unido a la falta de democracia interna y a la percepción de que el partido se estaba moderando provocaron la aparición de una segunda ola disidente. En este caso, su composición destacaba por un perfil socialmente más abierto y menos obrerista. Para este colectivo, los procesos de descolonización y las luchas insurgentes en buena parte del planeta fueron una influencia simbólica de primer orden. Incluso antes de que se produjera una ruptura abierta, la organización del PCE en artes gráficas –que más tarde sería una de las principales impulsoras de esta ola– reflexionaba abiertamente sobre la necesidad de la autodefensa frente a la violencia franquista:

[...] el endurecimiento del terrorista extremista del régimen, plantean nuevas tareas a esa revolución: las de defenderse. Es preciso que nuestras organizaciones sean verdaderas organizaciones de poder obrero capaces de contestar el terror fascista⁶⁵.

Una de las principales organizaciones de esta segunda ola sería la Oposición de Izquierda del PCE (OPI), a partir de 1977 autodenominada Partido Comunista de los Trabajadores (PCT). El otro grupo destacado sería el de las Células Comunistas que lideraban Pepe Satué y Fernando Sagasetta⁶⁶. En términos generales, podría observarse que su cosmovisión con respecto al uso de la violencia era similar a la de la primera ola.

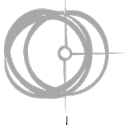
62. Mijail BASMANOV, “¿A quiénes sirve el ‘terrorismo revolucionario’?”, *Unidad y lucha*, 12 (octubre de 1978).

63. “El poder es el culpable”, *Unidad y lucha*, 17 (junio-julio de 1979).

64. *Enrique Líster. 75 años*. “Homenaje a Julián Grimau y a todas las víctimas del fascismo en el 70 aniversario de su asesinato”, *Unidad y lucha*, 34 (marzo-abril de 1982).

65. “Del arma de la crítica a la crítica de las armas”, *La voz gráfica*, s.n. (diciembre de 1972).

66. ABAD, *A contracorriente...*, pp. 251-281.



No obstante, es necesario tener presente que, por su carácter generacional, el peso de la Guerra Civil y la guerrilla antifranquista estuvieron mucho menos presentes en su memoria colectiva. Entre las principales críticas que hizo la OPI al nuevo rumbo del PCE se encontraba de forma sobresaliente el abandono de la “violencia revolucionaria”, el cual asociaban a la “socialdemocratización” del partido⁶⁷. En 1973, la OPI dedicó especial esfuerzo al análisis del fracaso de la vía pacífica al socialismo en Chile. Para este grupo, el principal problema del gobierno de Allende habría sido el olvidar que además de los votos, para democratizar la sociedad hacían falta “metralletas”:

Nadie en su sano juicio político reclama la distribución de armas de la noche a la mañana. Se trata de tener claro que la utilización del parlamento tiene un techo, que llegado un momento dado hay que armar al pueblo inevitablemente [...] la actual discusión no estriba tanto en cuando hay que armar a la clase obrera –lo que siempre es discutible–, sino sobre la inevitabilidad de hacerlo⁶⁸.

Esta actitud chocaba frontalmente con la lectura que hacían del golpe otros partidos más moderados, por ejemplo el italiano⁶⁹. Su influencia sería decisiva a la hora del lanzamiento del *Compromiso Histórico* por parte de Enrico Berlinguer⁷⁰. Estos hechos, a su vez, servirían de espejo al PCE en lo referente al simbolismo de su política de concesiones y pactos durante la Transición⁷¹, una memoria orgánica que fue frontalmente rechazada por los disidentes ortodoxos. En 1976, el periódico de Células Comunistas comparaba la política de alianzas del PCE con la coyuntura que había provocado la sublevación facciosa de julio de 1936. Para esta organización, las alianzas interclasistas sólo podrían acarrear una falsa esperanza que, unida a una falta de “vigilancia revolucionaria”, sólo podría traer una derrota de las fuerzas populares⁷². Un año más tarde, Carles Martínez –dirigente valenciano del PCT– era entrevistado para el libro *Partits polítics al País Valencià*. Entre los temas abordados no podía faltar la cuestión de la violencia política. Preguntado sobre si el PCT se oponía a la misma, Martínez aclaraba que “*El PCT no està, en principi, en contra de la lluita armada... Ara bé, creiem que ara com ara no té massa sentit plantejar-se la disjuntiva entre lluita armada o lluita pacífica*”. Para el partido, la estrategia armada sonaba como algo aún muy lejano. De hecho, era concebida como parte de una fase casi final en su largo camino en la lucha por el socialismo. Lo prioritario en la etapa en que se encontraba la organización a la altura de 1977 era construir un partido que pudiera aspirar a convertirse en hegemónico entre las clases populares. Además, en su narrativa volvía a aparecer la lógica de la violencia como herramienta meramente defensiva:

és clar que preferim la via pacífica, com la gran majoria de partits. Però, el problema és que no som els comunistes qui posem la lluita armada o la lluita pacífica. Fòrem,

67. *Tesis políticas*, s.l., OPI, 1976, p. 7.

68. “Chile: el fin de las ilusiones derechistas”, *La Voz Comunista*, 3 (1 de octubre de 1973).

69. Enrico BERLINGUER, “Riflessioni sull’Italia dopo i fatti del Cile”, *Rinascita*, 40 (12 de octubre de 1973).

70. Alessandro SANTONI, “El Partido comunista italiano y el otro ‘compromesso storico’: los significados políticos de la solidaridad con Chile (1973-1977)”, *Historia*, 43 (julio-diciembre 2010), pp. 523-546.

71. Carlota CORONADO RUIZ y José Carlos RUEDA LAFFOND, “España/Italia, 1975. Memoria transnacional y discursos simbólicos comunistas en la agonía del Franquismo”, *Historia Actual Online*, 49 (2019), pp. 7-20.

72. “El oportunismo enquistado en el PCE”, *Hojas de discusión*, 1 (mayo de 1976).

*potser, nosaltres els culpables de la guerra civil? Mira, la lluita armada sempre la determinen les actituds o les accions de les classes dominants*⁷³.

Otro ejemplo, de esta visión y sus contradicciones se puede ver en la actitud de las Células Comunistas canarias ante el Movimiento por la Autodeterminación e Independencia del Archipiélago Canario (MPAIAC). En 1979, el diputado canario Fernando Sagaseta narra en las páginas de *Triunfo* cuál era su postura sobre la estrategia armada del MPAIAC. Tras desmentir que mantuvieran ningún contacto con este grupo, afirmaba que el problema era que, si bien algunos de sus análisis eran correctos, su praxis no mostraba un “grado de racionalidad adecuado para la situación actual de las islas”⁷⁴.

En cuanto a su posición con respecto a los grupos y organizaciones que defendían o practicaban la lucha armada en España, no había novedades. Si bien en lo abstracto podían llegar a compartir una cosmovisión común, en el terreno concreto esto estaba lejos de suceder. Una buena muestra se puede observar en las declaraciones del principal dirigente de la OPI asturiana en 1977, José Manuel Álvarez, alias *Pravia*. Preguntado sobre qué opinión le merecían los GRAPO, este los calificaba de “aventureros extremistas” y sentenciaba que “deberían saber que un sistema político no se derriba eliminando a sus representantes, sino cambiando las estructuras socio-económicas que lo sustentan”⁷⁵. Ese mismo mes de enero de 1977 tendría lugar la “Matanza de los abogados de Atocha”, un episodio que ocupó una centralidad clave en el discurso y en las prácticas del PCE en vísperas de la legalización y cara a ella. Por su parte, los disidentes, al igual que toda la izquierda, reaccionaron con repulsa e indignación⁷⁶. La OPI señalaba en su periódico la gravedad de los hechos y los insertaba dentro de una larga cadena de violencia que trataba en vano de impedir el cambio político: “Esta es la faz de nuestro ‘peculiar’ camino a la democracia. Un camino que hasta ahora, sólo ha llevado al cementerio, los hospitales, la cárcel y el despido”⁷⁷. Sin embargo, esta firme denuncia de la violencia fascista se complementaba con una condena de las acciones terroristas de ciertos grupos de la izquierda revolucionaria cuyas maniobras, al parecer, coincidirían “objetivamente con los intereses de la ultraderecha [...] favoreciendo las tendencias golpistas y criminales de los sectores más reaccionarios del capitalismo”. Este tipo de atentados y secuestros provocaban un aumento de la represión sobre la izquierda revolucionaria.

Por supuesto, también había espacio para la crítica al papel del PCE. Su opinión no podía ser más negativa a este respecto, hasta el punto de llegar a afirmar que sus acciones contribuían “objetivamente a tal represión”⁷⁸. Como puede observarse, la teorización de la segunda ola no estaba exenta de contradicciones. En primer lugar, la violencia aparecía como un mal menor, motivado por la necesidad defensiva. Además, su uso estaba legitimado solo en determinadas condiciones muy vinculado al desarrollo

73. Amadeu FABREGAT, *Partits polítics al País Valencià 2*, València, Eliseu Climent, 1977, p. 156.

74. Juan CALZADILLA, “Fernando Sagaseta: un nacionalista canario en el Parlamento”, *Triunfo*, 843 (24 de marzo de 1979), p. 22.

75. “José Manuel Álvarez: ‘Hay un hueco para un gran Partido Socialista y para un fuerte Partido Comunista’”, *Asturias Semanal*, 395 (del 8 al 15 de enero de 1977), p. 15.

76. “Los fascistas siguen matando”, *Mundo Obrero (cabecera roja)*, 2 (98) (febrero de 1977).

77. “Terror y represión en el postfranquismo”, *La voz comunista*, 21 (febrero de 1977).

78. “Editorial: contra el aventurerismo de izquierda, contra la claudicación de derechas”, *La voz comunista*, 21 (febrero de 1977).



de una lucha que necesariamente tenía que contar con el apoyo de las clases populares. Esta visión era tremendamente compleja, el PCT era consciente de lo complicado que podría ser llevar a cabo un estallido revolucionario y de la necesidad de usar la violencia para conservar la conquista del poder⁷⁹.

La tercera ola

En medio de la crisis general que asoló al PCE, entre 1979 y 1985 se produjo un movimiento disidente sin precedentes. Esta corriente lograría alcanzar su máximo esplendor, paradójicamente, cuando la pérdida de influencia del movimiento comunista se estaba haciendo más acusada en España y en el mundo entero. La disidencia ortodoxa española conoció durante los años 1980 una última ola que tuvo como leitmotiv el rechazo del eurocomunismo, al que consideraban responsable de los problemas que atravesaba el partido. Pese a todo, al final su recorrido ascendente sería bastante breve. La rápida reconfiguración del PCE durante esta década, unida a los cambios ocurridos en Europa Oriental, produjo un rápido estancamiento y limitaría enormemente sus posibilidades de crecimiento. Sin embargo, esta ola tuvo propiedades especiales. Su carácter más masivo, junto a la incorporación de una cultura militante muy ligada a la historia reciente del PCE/PSUC tendrían consecuencias en varios planos.

En lo relacionado con la violencia, su estimación continuó en los parámetros de la interpretación clásica del leninismo, si bien se puede apreciar una mayor moderación. Lógicamente, esta compleja postura no estaba exenta de contradicciones. Por ejemplo, tanto el *Partit dels Comunistes de Catalunya* (PCC) como el Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE) fueron organizaciones que desarrollaron un gran trabajo en el campo de la solidaridad internacional. Es más, una gran parte de ese apoyo hacia camaradas de otras latitudes se realizaba directamente con organizaciones que practicaban la lucha armada en países no occidentales. En ese contexto, el primer partido presentó a mediados de 1985 un informe sobre el balance de sus relaciones internacionales a lo largo de su año y medio de existencia donde detallaba sus contactos y colaboración con organizaciones a lo largo de todo el planeta. En lo que nos ocupa, destacan las páginas dedicadas a las que se encontraban vinculadas a la lucha armada, como el Partido Comunista de El Salvador, el guatemalteco, el libanés, el sudafricano o la OLP Palestina, etc.⁸⁰

Sin embargo, las valoraciones e incluso afirmaciones de carácter identitario sobre la lucha armada en el Tercer Mundo no deben de ser consideradas como una aceptación de la violencia sin condiciones. La década de los ochenta fue el escenario donde germinó un potente movimiento social pacifista del que estos comunistas serían parte indisociable. La oposición a la entrada de España en la OTAN revitalizó la importancia del pacifismo dentro de su cultura política. Según las propias consignas del PCPE, la principal labor del partido debía ser la de articular un potente movimiento de solidaridad internacional que denunciase el imperialismo norteamericano, al mismo tiempo que se impulsaba la lucha contra la OTAN en España⁸¹. El caso catalán no presentó novedades a este respecto. Los informes del Comité Central del PCC

79. *Por la democracia antioligárquica y antimonopolista hacia el socialismo*, PCT, mayo de 1977, pp. 57-58.

80. ARXIU JOSEP SERRADELL [AJS], Fons Josep Serradell, *Relaciones internacionales*, s. f.

81. "Informe al II Pleno del Comité Central", *Nuevo Rumbo*, especial (27-2-1984).

destacaban su gran trabajo previo al referéndum de la OTAN celebrado en 1986. Además, la actividad partidaria no había consistido solo en un trabajo de movilización y propaganda, sino que también destacó la parte teórica de la participación del partido en este movimiento⁸². Una buena muestra de todo ese trabajo se puede encontrar en la edición del libro *Paz y Desarme*, que recogía las ponencias del II Encuentro del movimiento por la Paz de los pueblos de España celebrado en Barcelona los días 16 a 19 de marzo de 1985⁸³.

Durante los años 1980, el terrorismo de ETA alcanzaría cotas históricas. Sus continuas acciones les situaron en una situación complicada. En todo caso, estos atentados fueron objeto de duras críticas. En 1982 –un año después de la celebración del V congreso del PSUC– se creaba el PCC. En el primer congreso del partido, su secretario general (Joan Ramos) se refería al terrorismo en términos muy duros, señalando que no era posible tener ninguna “actitud contemplativa”: “el terrorismo debe ser rechazado por razones de política inmediata y de principio, porque sustituye la acción de las masas y porque es una estrategia de provocación, cuyas consecuencias pueden ser incalculables”⁸⁴. Dos años más tarde, los comunistas ortodoxos de Cataluña impulsaban junto a otros grupos disidentes la constitución del Partido Comunista (al que partir de 1986 se le añadiría “de los Pueblos de España”). En 1984, *Nuevo Rumbo*, el órgano de expresión del partido, recogía en páginas centrales un artículo que sintetizaba su postura con respecto al terrorismo. El texto comenzaba sin mucha sorpresa. Bajo varias citas de Lenin se criticaban los orígenes históricos de dicha práctica. Sin embargo, el PCPE iba un paso más allá y establecía unos puntos por los cuales argumentaba que el “terrorismo de izquierdas” era perjudicial para la clase trabajadora. En primer lugar, proporcionaría una “justificación” al terrorismo de derechas. En esa misma línea, explicaba que esta práctica generaba un clima de auge de las ideas de extrema derecha, de la comprensión hacia la represión policial y, además, facilitaba a la clase dominante unos medios jurídicos “antiterroristas” que se utilizarían en el futuro contra el movimiento obrero. Incluso, llegado el punto, creaba un clima que, manipulado por los medios informativos, podía ser propicio para un futuro golpe de Estado. Por último, desviaba a los componentes menos concienciados de la clase obrera de la verdadera acción política “esperando la acción providencial de ETA”⁸⁵.

Estas desavenencias entre ETA y el PCPE/PCC aumentarían con el paso de los años. Un episodio de máxima tensión con respecto a la violencia etarra se produjo en 1986. En mayo de ese año, ETA asesinaba a tiros en San Sebastián a Enrique Moreno Arguilea, militante del PCPE y activista en una asociación de jubilados. Cinco días después, ETA lo consideraba públicamente como un “dramático error” y una “equivocación” al confundir a la víctima con un expolicía⁸⁶. No sería el último asesinato

82. AJS, Fons Joan Tafalla, Juan MUÑIZ: “Informe-Organización. ‘Promoción 70 aniversario de la Revolución de Octubre’”, 5, 6 y 7 de diciembre de 1987.

83. *Paz y Desarme. Ponencias presentadas al II Encuentro del Movimiento por la paz de los Pueblos de España*, Barcelona PCC, 1985.

84. “Luchar contra el paro, preparar las elecciones, fortalecer el Partido. Resolución del Comité Central de los días 8 y 9 de mayo”, *Partit del Comunistes de Catalunya. Òrgan provisional del Comitè Central*, 00000 (semana del 14 al 20 de mayo de 1982).

85. “Sobre los terrorismos”, *Nuevo Rumbo*, 3 (1-3-1984).

86. “Compañeros de partido del jubilado asesinado piden explicaciones a ETA”, *El País*, 4-5-1986. “ETAm dice, que fue un ‘error’ el asesinato de un jubilado en San Sebastián”, *El País*, 9-5-1986.



de un miembro de esta organización a manos de ETA. El 19 de marzo de 1992 moría asesinado el joven militante de PCC sabadellense Antonio José Martos, a quien alcanzó el impacto de un coche bomba cuando iba a trabajar⁸⁷.

Con todo, un balance de esta tercera ola muestra los límites y las contradicciones existentes. El PCPE y el PCC continuaron oscilando entre el respeto en el plano internacional a la lucha armada y la condena de la violencia en el marco español, todo ello insertado en un imaginario que venía a plantear un recurso mitificado de la lucha armada tan solo de forma defensiva en caso de que se agotaran las otras vías. Precisamente por eso, no resulta extraño –pese a que la prensa del momento buscara generar cierta polémica– que en una fecha tan tardía como diciembre de 1988 este punto de vista continuara inalterado. Una muestra de esa pervivencia simbólica se puede leer en el documento de unidad que firmaron en esa fecha una parte de la organización del PCPE en Madrid y la dirección del PCE. En un fragmento que hacía alusión a los problemas que podrían venir tras la llegada del socialismo, se afirmaba que no se podía descartar “que las fuerzas reaccionarias del interior, unidas a la injerencia del imperialismo, intenten violentamente frenar el proceso, con lo que quedaría justificado incluso el uso de las armas por las fuerzas revolucionarias”⁸⁸. Todo esto evidencia que su caracterización de la violencia política en España dependió de los contextos concretos, es decir, de la autoría y, también, de donde se ejercía esa violencia. No era lo mismo hablar del *Tercer Mundo* que de España. Esta capacidad de mantener distintas visiones de un mismo fenómeno muestra que nos encontramos ante una cuestión compleja y, sobre todo, poliédrica.

Conclusiones

El uso de la violencia siempre ha sido un recurso muy presente y a la vez muy problemático dentro de la cultura política comunista. El propio análisis marxista concedía una gran importancia a este elemento a la hora de garantizar la pervivencia de los distintos modos de producción. Según esta cosmovisión, la violencia era ejercida por las clases dominantes para garantizar su régimen de explotación. En este contexto, y aunque era criticada en el tiempo presente por su carácter represivo, la violencia podía llegar a ser una herramienta en la causa de la emancipación de las clases subalternas en el futuro. De este modo, aparecía como un factor necesario, aunque no deseable. Pese a que las fuerzas populares deseaban la paz, podía llegar a ser el último medio para poder garantizar la liberación de la humanidad del yugo capitalista, un instrumento mediante el cual la vanguardia del proletariado podría garantizar la pervivencia de su obra de transformación social. En buena medida, este argumentario se mantuvo inmutable durante las siguientes generaciones y formó parte del imaginario colectivo del movimiento comunista durante el s. XX. Las revoluciones e insurgencias desarrolladas a lo largo de todo el planeta servirían para dar color a un universo simbólico que se extendió de forma transnacional. No es menos cierto que la polarización de la Guerra Fría y la política de Coexistencia Pacífica soviética agudizarían las contradicciones en torno a esta cuestión. Por ejemplo, mientras en contextos como la lucha anticolonial la

87. “ETA mata a un obrero y a un guardia en dos atentados cometidos en ocho horas en Barcelona”, *El País*, 20-3-1992.

88. “El PCE y el PCPE de Madrid formalizaron ayer su fusión”, *El País*, 11-12-1988.

violencia era concebida como completamente justificada, en otros como el occidental, era interpretada como una aberración plenamente condenable.

El caso español no fue una excepción. Los propios hitos de nuestra historia reciente estuvieron jalonados de los más altos grados de violencia política: revoluciones frustradas, una guerra civil, casi una década de insurgencia guerrillera y un régimen fascista que hizo de los comunistas el centro de su acción represiva durante cuatro décadas. En este contexto histórico, el cambio de rumbo de la Política de Reconciliación Nacional tenía que encontrarse con algunas resistencias. No fueron inmediatas, ni fueron inicialmente explícitas, pero una parte del comunismo español mostraría su disgusto sobre los límites de la lucha pacífica y el papel de la memoria de la resistencia armada antifranquista.

Una de las más fuertes divergencias internas en el PCE sería la llevada a cabo entre 1968 y 1989 por los comunistas ortodoxos, un colectivo heterogéneo de dirigentes y militantes de base que luchaba por recuperar la identidad comunista clásica. Este caldo de cultivo sería especialmente rentable para el surgimiento de posturas críticas hacia la política pacifista del PCE. Sin embargo, es necesario tener en cuenta que, pese a que las personas y organizaciones que formaron parte de esta corriente compartieron muchos vínculos, también existió cierta heterogeneidad interna en función de la ola disidente, la organización y el contexto general. Al final, eso se plasmó en un abanico de posiciones más o menos críticas con la cuestión de la violencia.

Para el caso de la primera ola –aquella que tuvo su origen en la crisis de Checoslovaquia– el principal elemento de fricción fue el de la memoria. Personajes como Líster encarnaban la memoria viva del papel de los comunistas en la Guerra Civil. Tras la formación del PCOE en 1973, este partido mantuvo de forma omnipresente este tipo de narrativas sobre la lucha armada. En consecuencia, los análisis sobre el futuro dejaban abierta la posibilidad de recurrir a la violencia organizada, siempre resaltando su carácter de última opción. No obstante, el papel del propio Líster en el Consejo Mundial de la Paz y su defensa de las políticas de pacificación soviéticas añadieron más elementos de confusión para el grueso de sus filas, divididas entre la apología de la insurgencia antifranquista y la lucha por la paz mundial.

La segunda ola disidente destacó por su carácter más moderno y su discurso menos obrerista. La incorporación de intelectuales y profesionales le añadió un elemento diferencial. Precisamente por eso, el principal elemento distintivo de esta ola serían sus análisis sobre la cuestión de la violencia en el contexto de los movimientos sociopolíticos de la década de los setenta. La caída del socialismo chileno o el desarrollo final de la revolución de los claveles produjeron una importante desconfianza hacia la vía pacífica al socialismo. En este sentido, este colectivo de militantes desarrolló la reflexión teórica sobre la concepción leninista de la lucha armada y sus limitaciones para el caso español, entendida aquella como una opción meramente defensiva.

Por último, llegaría el turno de la tercera ola. Su origen se encuentra en la crisis general que el PCE sufrió entre 1979 y 1985. De forma paralela a esta crisis, la disidencia fue creciendo hasta llegar a su época de máximo esplendor. Su crítica al terrorismo de ETA y GRAPO fue más contundente que en etapas anteriores. Asimismo, la década de los años 1980 fue el escenario de un potente movimiento pacifista contra la entrada de España en la OTAN, lo que no quitaba para que la solidaridad con movimientos insurgentes en zonas como Centroamérica se encontrase en pleno auge. Justo por eso, tanto el PCPE como el PCC construyeron un imaginario donde la paz



adquiría un papel preponderante y donde el recurso a la lucha armada, si bien no desaparecía por completo, era presentado como algo más bien retórico y, en todo caso, muy lejano en el tiempo y en el espacio.

A modo de conclusión final, parece clara la existencia de dos tipologías básicas en las que se pueden categorizar la actitud de estos comunistas ante la violencia política. La primera es aquella que se plasmaba dentro de su imaginario en términos de clara simpatía o identificación. Esta visión *romántica* de muchos procesos fue muy común en gran parte de la izquierda ante determinadas causas de carácter internacional (Nicaragua, Vietnam, Palestina, etc.). Esto también es aplicable a su memoria colectiva sobre determinados episodios históricos (Guerra Civil, resistencia antifranquista, etc.). Sin embargo, y como se ha podido ver, existió un claro rechazo hacia la violencia que se producía en España en tiempo presente. Esta actitud de condena, si bien comenzó siendo más ambigua durante el Franquismo, se convirtió en una posición más rotunda a medida que se consolidaba el régimen postfranquista en base a su consideración como posibles estrategias de índole desestabilizadora (GRAPO, ETA, etc.). A esto habría que añadir la creciente importancia del pacifismo que, si bien partió de la *Pax Sovietica*, lograría desarrollar una idiosincrasia completamente endógena gracias a la lucha anti-OTAN de este colectivo militante.